

“Muchas veces la brújula, el olfato, lo tiene el Pueblo de Dios”¹

Al igual que la mayoría de los argentinos, mi reacción fue de estupor al escuchar el resultado del cónclave. Como un huracán, me vino a la mente un párrafo que había leído en una de las cartas que en su momento el padre Tello le escribió a Bergoglio, cuando éste aun no era cardenal.

Entre los papeles de Tello hay copias de tres cartas dirigidas a quien fuera su arzobispo en sus últimos años. Todas escritas en 2001, cuando se disponía a mudarse a Luján con el deseo de morir cerca de la Virgen (cosa que se cumple en abril del 2002). De esa escueta correspondencia, hay dos párrafos que siempre tengo muy presentes. Uno de ellos pertenece a una carta fechada el 30/1/2001 y dice: *“Para mí, el problema más grande de la Iglesia argentina es cómo llegar a esa inmensa mayoría de cristianos a los que no alcanza la Iglesia institucional. Creo que Usted - V. Ecia.- tiene una misión providencial de iniciar una reforma en la Iglesia (¿Buenos Aires? ¿Argentina? ¿más allá? Yo no sé). Le pido a Dios que pueda cumplirla.”*

No creo que sean palabras que ameriten subir a Tello al carro de los que profetizaron al papa argentino. Aun así, habla de que este teólogo abrigaba la esperanza de que soplen vientos de reforma en la Iglesia gracias a quien, por ese entonces, no había cumplido aun tres años al frente del arzobispado de Buenos Aires. El haber leído estas palabras fue lo que me alentó el año pasado a pedirle al entonces cardenal que prologue –y luego presente- mi libro sobre el pensamiento del padre Tello. Cosa que aceptó gentilmente y aprovechó para reivindicar explícitamente la figura de Tello y su teología (la desgrabación de sus palabras de publicaron en Vida Pastoral 310, y el video puede verse en: <http://www.youtube.com/watch?v=boCYFCfCU4k>).

Doce años después de esta carta, la renuncia de Benedicto XVI abrió sorpresivamente una ventana a los vientos del sur. Los primeros días del papa Francisco estuvieron preñados de signos que nos dan la esperanza de que esa intuición del padre Tello sea confirmada. Ya en los primeros minutos, desde el balcón en que daría la bendición *Urbi et Orbi*, envió claras señales de cambio: elige el nombre de un santo que remite a lo esencial del evangelio, saluda con cordialidad, se presenta con vestiduras austeras, con ausencia de oro, se llama a sí mismo el obispo de Roma (lo que es un gesto de colegialidad episcopal y de fuertes resonancias ecuménicas), y solicita –antes de bendecir al pueblo- que el pueblo pida la bendición de Dios para él.

Quiero ahora detenerme en este último signo, que es ciertamente novedoso: el papa le pide al pueblo que lo bendiga. Concretamente dice: *“Y ahora quisiera dar la bendición, pero antes, les*

¹ Publicado en: Vida pastoral 318, 2013.

pido un favor: antes que el obispo bendiga al pueblo, les pido que ustedes recen para que el Señor me bendiga: la oración del pueblo, pidiendo la bendición para su obispo". Y acompaña sus palabras con el gesto de inclinarse humildemente.

Como todos los signos, luego deberán ser refrendados con hechos en el mismo sentido. Aun así, creo que detrás de este gesto puede percibirse una eclesiología conciliar del pueblo de Dios. El concilio supuso un cambio de perspectiva desde donde entender la Iglesia. Nos invita a verla, no sólo como una institución orgánica y jerárquica, sino ante todo como un pueblo que peregrina hacia Dios. Deja de lado el esquema de "sociedad perfecta" y asume el de "misterio" que hunde sus raíces en la Trinidad y tiene su concreción histórica en un pueblo que camina hacia su consumación escatológica. Así explicaba esta nueva mirada el padre Tello en una charla: *"La noción de Iglesia hasta Pío XII es: la Iglesia es fundamentalmente la jerarquía sagrada, que prolonga la obra de Cristo y reúne, congrega al pueblo, a los laicos. [...] En cambio, para el Vaticano II la Iglesia es fundamentalmente el pueblo de Dios. Este pueblo de Dios, es un pueblo sacerdotal, es instrumento de unidad de la humanidad y es instrumento también de salvación. Pero es el pueblo todo. Este pueblo de Dios es un pueblo constituido orgánicamente. Dentro del pueblo de Dios, como parte, está la jerarquía sagrada que presta un ministerio. Hace de nexo vital, nexo entre la vida de Cristo y ese cuerpo (los sacramentos, el gobierno...). Está al servicio de ese cuerpo, al servicio del pueblo, para acrecentar ese pueblo, la vida de ese pueblo. [...] Después del concilio ¿qué resulta? Que teóricamente se admite esto, y prácticamente se sigue con la doctrina antigua: la jerarquía sagrada (obispos, curas, diáconos) es la Iglesia"* (desgrabación de la charla del 2/5/85).

Queda claro que esta visión de la Iglesia Pueblo de Dios no contrapone al clero con el resto del pueblo, sino que lo ubica en su verdadera función de servicio al pueblo. Pero el cambio de acentos es muy fuerte. Ya no puede sostenerse un esquema clericalista en que una "jerarquía santa" que comunica su santidad a un pueblo "laico". Dios forma un pueblo sacerdotal, "quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituirlos en un pueblo" (LG 9). Esto tiene consecuencias muy concretas en orden a la misión esencial de la Iglesia que es la evangelización. En la Iglesia Pueblo de Dios, los que tienen la potestad de anunciar a Cristo no son sólo los curas y obispos, sino que todo el pueblo "tiene como fin la dilatación del Reino de Dios" (LG 9). "El pueblo santo de Dios participa también del don profético de Cristo" (LG 12). El Espíritu Santo despliega sus dones en todo el pueblo santo de Dios. Este pueblo en su vida de fe da testimonio y transmite esta misma fe, por eso puede decirse que el pueblo evangeliza al pueblo o –según la formulación de los obispos latinoamericanos en Puebla y Aparecida– que "el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo" (DP 450, DA 264).

Quienes llevamos adelante tareas de evangelización debemos reconocer –aun desde el sentido común que nos enseña que lo que se recibe se recibe al modo del recipiente- que cada pueblo tendrá su modo cultural propio para ir a Dios y no intentar guiarlo con propuestas adecuadas para otro contexto cultural. Se trata de entender que Dios tiene muchos caminos para atraer a sus hijos y que esos caminos dependen de la cultura en que cada uno viva. Cada persona va a responder a la invitación divina con actos propios de su cultura. Cada pueblo al expresar su fe según su genio propio, también la transmite revestida del ropaje cultural de ese pueblo. El entonces cardenal Bergoglio lo explicaba así: “La fe siempre se expresa culturalmente. La aprende el chico de sus padres, de sus maestros, de sus catequistas, de su ambiente. Como decía al comenzar esta exposición, la fe es sobre todo una gracia divina. Digamos ahora que es también un acto humano, y por tanto un acto *cultural*. Por eso puede hablarse de un modo cultural de aprender y expresar la fe” (Bergoglio, *A propósito de la figura y el pensamiento del padre Rafael Tello*, Vida Pastoral 310).

Además, este Pueblo de Dios existe encarnado en pueblos concretos y encuentra formas de expresar su fe cristiana según la idiosincrasia de cada pueblo. Esto hay que tenerlo en cuenta a la hora de pensar en la evangelización de América Latina. Aquí, fruto del anuncio del Evangelio al indio y del mestizaje entre éste y el español (a lo que luego se agregan los negros y luego los criollos pobres), nace un pueblo nuevo con una cultura nueva. Se dio lo que Puebla denomina una “originalidad histórica cultural” (DP 446). El pueblo de nuestra Patria Grande fue encontrando –con cierta autonomía respecto del conquistador- modos culturales propios de vivir la fe cristiana. Puede decirse que en los últimos cinco siglos en nuestras tierras, amaneció un nuevo rostro del cristianismo.

En orden al trabajo pastoral, es importante reconocer los caminos por donde Dios va atrayendo al pueblo fiel para poder favorecerlos. Ese esfuerzo debe ser agudizado al trabajar entre los más pobres, quienes generalmente expresan su fe con esta cultura de fuerte cuño latinoamericano y que muchas veces difiere de la de los agentes de pastoral. Debemos admitir que el Buen Pastor es quien conduce al pueblo y que sería un error creer que conocemos tan bien el camino que siempre debemos marchar al frente. Esta nueva actitud pastoral la explicaba el ahora papa Francisco en una charla con un sacerdote en la radio de una villa de Buenos Aires: “*Mirá, uno puede ser pastor de tres maneras, y a veces tiene que usar las tres maneras. O el pastor que va adelante marcando el camino. O el pastor que va a los costados cuidando que no se desmadre la cosa, que sigan más o menos todos juntos. O el pastor que va detrás, siguiendo el camino que la oveja va marcando con su olfato. ¡Muchas veces, pero muchas veces, la brújula, el olfato lo tiene el Pueblo de Dios, el santo pueblo fiel de Dios! Y vos tenés que mirar para donde va.*”

Porque el Espíritu Santo es el que trabaja en el santo pueblo fiel de Dios” (disponible en: <http://youtu.be/ZvQ2pJ5dtD4>).

Lamentablemente, a veces somos el pastor que va adelante, marcando el camino, y ni nos damos vuelta para ver que casi nadie nos sigue. Caminamos guiados por un clericalismo miope y nos olvidamos de confiar en el olfato que tiene la oveja para encontrar el camino por donde Dios la está llamando. Tal vez haya que buscar allí una de las causas de lo que Tello en su carta llamaba “uno de los problemas más grandes de la Iglesia argentina”, el hecho de que haya una inmensa mayoría de cristianos a los que muchas de las acciones pastorales de la Iglesia no le resultan significativas para su vida.

Las causas históricas son muy complejas, pero no parece aventurado decir que esta eclesiología conciliar nunca llegó a plasmarse del todo en nuestras estructuras eclesiales. Se han cumplido ya cincuenta años del inicio del concilio y parecería que todavía estamos en deuda en la concreción histórica de las grandes líneas de la *Lumen gentium*. Por eso resulta esperanzador que uno de los primeros signos del nuevo pontífice apunte hacia ese horizonte. Desde esta concepción eclesiológica, ya no puede interpretarse que Dios da sus bienes salvíficos *exclusivamente* a la jerarquía para que ésta los reparta a los fieles. Es el pueblo en su totalidad el sujeto activo de la evangelización y por tanto el portador de la bendición divina. Por eso es lógico que su máxima autoridad, el obispo de Roma, pida la bendición a su pueblo.

Decía al comenzar que siempre tengo presente dos párrafos de esa breve correspondencia entre el padre Tello y el cardenal Bergoglio. El segundo de ellos pertenece a la última carta, fechada el 28/8/01, y puede ser una hermosa invitación a rezar por el papa Francisco. Allí, el padre Tello le agradece al cardenal la deferencia de haberlo llamado por teléfono y le deja un mensaje que hoy suena más actual que nunca. Con la serenidad del hombre sabio, que vivió entregado a Dios y a su Iglesia, que se sabe al borde de su hora máxima, la del encuentro definitivo con Cristo, le dice estas palabras de consuelo a quien tiene sobre sus espaldas inmensas responsabilidades de conducción: *“Le decía que rezo siempre por Usted y es cierto, pero también quiero decirle que, aunque sean muy importantes las cosas temporales de la Iglesia, y las situaciones tan serias y difíciles, para mí es más importante lo de la otra vida, lo eterno, el amor de Dios en que hemos creído y el ser hijos de Él en Cristo y María”*.

Enrique Ciro Bianchi

19.03.13

Solemnidad de San José